

todavía en latín, y á veces unos mismos, como hemos visto, parte en latín y parte en castellano. Alfonso el Sábido, su hijo, muy versado en el latín, escribía y mandaba escribir todos los documentos públicos sola y exclusivamente en castellano. Su hijo, Sancho el Bravo, no solamente escribía y hacía escribir en la lengua vulgar, sino que ya no sabía otra; Sancho IV. ya no sabía latín, y necesitaba de intérprete cuando los enviados del papa le hablaban en el idioma latino.

Tales eran los principales caracteres del estado social de Castilla en los reinados de Alfonso el Sábido y Sancho el Bravo, que llenaron casi toda la segunda mitad del siglo XIII.

CAPITULO VII.

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA

EN LA ULTIMA MITAD DEL SIGLO XIII.

ARAGON.

De 1253 á 1291.

I.—Segundo periodo del reinado de don Jaime el Conquistador.—Su generoso comportamiento con los reyes de Navarra, de Castilla y de Francia, y con los moros rebeldes.—Errores de su política interior: causas de ellos.—Luchas entre el rey y la aristocracia.—Exámen de la constitución política de Aragón.—Pretensiones de los nobles: tendencia del pueblo aragonés á la libertad: índole de sus cortes: conducta del rey.—Don Jaime como protector de las letras y como historiador.—II. Grandeza del reinado de Pedro III.—Hechos heroicos: episodios dramáticos: digno asunto de una epopeya.—Carácter de don Pedro: su profunda política.—Habilidad con que se condujo en la empresa de Sicilia.—Situación interior del reino: invasión extranjera: pugna entre el monarca, la nobleza y el pueblo: graves conflictos.—Serenidad, firmeza, energía y prodigiosa actividad del rey. Vence á los enemigos exteriores, y es vencido por sus vasallos.—Progresos de la libertad política de Aragón: el *Privilegio general*.—III. Reinado de Alfonso III.—Reconvención que sufre de los ricos-hombres.—Desmedidas exigencias de estos: atrevidas intimaciones al rey: conducta de Alfonso.—Punto culminante de las libertades aragonesas: humillación de la corona: juicio crítico del famoso Pri-

privilegio de la Union.—Graves cuestiones exteriores: complicaciones en Europa: manejo de Alfonso en ellas: negociaciones diplomáticas: embajadas: congresos europeos: paz general, humillante para Aragón.—Comportamiento de los pontífices con los monarcas aragoneses.—Sostienen los sicilianos con heroica constancia los reyes de la dinastía de Aragón.

«En este período que abarca nuestro capítulo (decíamos en el anterior) la vida política de ambos pueblos, Castilla y Aragón, es casi igualmente activa, turbulenta y agitada.» Pero «la magnitud de los pensamientos (añadíamos después), la grandeza de los sucesos, el interés histórico de España en este período está más en Aragón que en Castilla.» Y es así que sorprende y asombra la importancia que este reino destinado á crecer y desarrollarse con rapidez, adquirió en lo interior y en lo exterior, en lo político y en lo material, en el espacio de un siglo. Y es que apenas se sentó en el trono aragonés un príncipe ni flojo en el obrar, ni en capacidad menguado; sucedíanse soberanos de no vulgares prendas, en que era la excepción la falta de cualidades eminentes, y el pueblo que gobernaban era grande también en sus arranques y en sus aspiraciones; de modo que en Aragón se ve simultáneamente en súbditos y monarcas, aun en sus mismos errores, demasías ó extravíos, cierta grandeza que admira.

I. Don Jaime el Conquistador, abarcando en la larga dominación de sesenta y tres años los dos reinados casi íntegros de Fernando el Santo y Alfonso el

Sabio de Castilla, participando del genio bélico del primero, de la ilustración del segundo, parece haberse sobrevivido á sí mismo para abarcar en su vida dos épocas de la regeneración española, la que acabó con Fernando y la que comenzó con Alfonso. «Pocos hombres ha habido (dice un escritor de las cosas de Aragón) tan querido por sus contemporáneos y tan encomiado unánimemente por la posteridad como este rey (don Jaime), y es difícil distinguir sus verdaderas cualidades en medio de la aureola de amor y gloria que le circuye. Jamás vieron los guerreros adalid más bravo, ni las damas más gentil caballero, ni los caballeros más dadivoso señor, ni los vasallos rey más justo y humano (1).» Nosotros, que no queremos pecar ni de avaros ni de pródigos de alabanzas para los dominadores de los pueblos, ni tenemos otro afán que el de representarlos tales como los hechos que de ellos conocemos nos los caracterizan y dibujan hemos admirado ya á don Jaime como conquistador (y no hicimos poco en ensalzarle como guerrero sobre San Fernando) le respetamos como monarca, le aplaudimos como caballero, le elogiamos como amante y protector de las letras, mas no le encomiamos tanto como político, y censurámosle como hombre de pasiones.

Hemos visto en verdad pocos conquistadores tan mesurados y prudentes, tan desnudos de ambición, tan

(1) Cuadrado, Recuerdos y bellezas de España, tom. de Aragón, pág. 29.

guardadores de los justos y precisos límites que la misión de los conquistadores les imponía, como Jaime I. de Aragón. Activo, enérgico, infatigable en recobrar de los moros el territorio que como infieles y como usurpadores injustamente dominaban, el vencedor de los musulmanes, el conquistador de Mallorca y de Valencia se detiene respetuoso ante las fronteras cristianas de Navarra y de Castilla. Ha llenado cumplidamente su misión; dar un paso más sería traspasarle y don Jaime no le traspasa: al contrario la espada de la conquista se convierte en espada de protección y de amparo. Muere el rey Teobaldo I. de Navarra, y ese mismo Jaime á quien Teobaldo debía el haber reinado (puesto que no quiso hacer valer los derechos que el prohijamiento de don Sancho el Fuerte le diera), ese formidable aragonés, tan terrible como conquistador, se hace el protector galante de una reina desvalida, el amparador caballeroso de dos huérfanos príncipes, promete defender á Margarita contra todos sus enemigos, incluso el rey Alfonso de Castilla, su abuelo, y el mismo á cuyo desprendimiento y generosidad debió su corona Teobaldo I. la sienta y afirma en las sienes de Teobaldo II.

¿Obraba acaso el aragonés como enemigo de Alfonso de Castilla, su yerno, que aspiraba á aprovecharse de las turbaciones de Navarra para sentarse en el trono de los Teobaldos? Por el contrario, no estuvo don Jaime menos generoso con Alfonso de Casti-

lla que lo había estado con Margarita de Navarra. Cuando se alzaron simultáneamente contra Alfonso el Sábio los moros de Murcia y los de Andalucía, no en vano reclamó el castellano los auxilios de su suegro el aragonés. Entonces don Jaime, sin tener en cuenta el comportamiento no muy leal de Alfonso para con él en la anterior sublevación de los moros valencianos, arrostrando las contrariedades, entorpecimientos y disgustos que los ricos-hombres catalanes y aragoneses le suscitaron, emprende resueltamente la guerra de Murcia, vence á los moros, reconquista sus castillos, subyuga y somete los insurrectos, planta el estandarte de San Jorge en los alminares de la Aljama de Murcia, provee á su gobierno y seguridad, y le dice á Alfonso de Castilla: «Ahi tienes tu ciudad y tu reino de Murcia, consérvalo:» y regresa victorioso y satisfecho á Valencia.

Poseían los monarcas aragoneses territorios y feudos en el Mediodía de Francia; reclamaban de tiempo en tiempo los reyes de Francia añejos derechos sobre dominios y señoríos de la corona de Aragón. Don Jaime prefiere arreglar amistosamente con San Luis de Francia las diferencias y querellas que pudieran suscitarse, á gastar las armas y la sangre de su pueblo en las guerras que pudieran sobrevenir: los dos soberanos vienen á amistosa transacción y concierto: San Luis renuncia á su soberanía nominal y á sus derechos en rigor caducados sobre los condados de

Barcelona, Urgel, Rosellon y Cerdaña; don Jaime, mas generoso cede la Provenza y otros señoríos de que se hallaba en posesion. No puede darse un conquistador menos ambicioso. El que no permitia que los sarracenos conservaran una pulgada de tierra en sus naturales dominios, mostró un admirable desprendimiento con los reyes y estadós de Navarra, de Castilla y de Francia. Es que estos eran estados y principes cristianos. La mision suya era rescatar su reino de poder de los infieles. Don Jaime comprendió su mision mejor que otro monarca español alguno.

Hasta con estos mismos infieles se condujo con una generosidad, poco acostumbrada en los vencedores. Duro, fogoso, inexorable hasta vencer á los enemigos, trocábase su dureza en blandura cuando la victoria los convertia en súbditos y vasallos. En las sublevaciones de los moros valencianos desplegó don Jaime su antiguo ardor bélico, y en el conservador de la tranquilidad de su reino resucitó la severidad del conquistador: mas si la necesidad le obligó á arrancar de sus hogares á doscientos mil moros cuya permanencia era peligrosa, tambien les otorgó que llevasen consigo toda su riqueza moviliaria, y les dió seguro para que no fuesen ni vejados ni despojados de su haber hasta traspasar las fronteras del reino.

Sentimos no poder hallar tan digna de aplauso su política en las cosas interiores del Estado. En las diversas particiones que de los reinos hizo entre sus

hijos anduvo, ademas de errado, inconstante y veleidoso, y dió ocasion á rivalidades y desavenencias de familia, á discordias y guerras entre hermanos, á colisiones entre padres é hijos y á perturbaciones lastimosas en el reino. Disponiendo don Jaime de su cuádruple corona como de un patrimonio, no habiendo aprendido en la esperiencia ni escarmentado en los males producidos por tan malhadado sistema en los reinos de Leon, Navarra y Castilla, en los siglos XI. y XII., no hizo con sus funestas combinaciones de distribucion sino escitar mas la envidia y la codicia á que harto por desgracia suelen propender naturalmente los principes, y fomentar las divisiones de los partidos proporcionando nuevas banderas á los descontentos y á los amigos de las agitaciones. Verdad es que se echaba de menos en Aragon una ley de unidad y de indivisibilidad del reino, y de sucesion por agnacion rigurosa: habiase progresado mas en este punto en Castilla, bien que se pasó por encima de ella en el primer caso que ocurrió despues de escrita. Pero mas que la falta de una ley de heredamiento influyeron en estos desaciertos de don Jaime las pasiones de su vida privada. Hablamos asi por acomodarnos al uso y manera comun de hablar de los hombres. Por lo demas creemos que los soberanos que rigen los pueblos están condenados, á cambio de otras escelencias y goces inherentes á su alta y excepcional posicion, á no poder tener costumbres pri-

vadas, puesto que todas ellas mas ó menos directamente reflejan y trascienden á la marcha de la gobernacion pública del reino. El individuo que desame al hijo ó hijos de una primera muger por concentrar su amor en los de una segunda esposa, podrá ser injusto y hasta criminal en sus afectos; pero su injusticia ó su crimen no perturba la sociedad ni la trastorna. El monarca á quien esto sucede puede ser responsable de graves alteraciones á que dé ocasion en su reino, y tal aconteció á don Jaime desamando y hasta aborreciendo y privando de la mas considerable porcion de los reinos al príncipe Alfonso hijo de su primera esposa Leonor de Castilla, de quien se habia divorciado siendo jóven, por favorecer y heredar á sus mas predilectos, los hijos de su segunda muger Violante de Hungría. De aqui las particiones injustas, de aqui la desmembracion de la corona, de aqui la guerra entre el padre y el hijo, de aqui las escisiones entre los hermanos, de aqui las luehas de los partidos y de los bandos que á los unos ó á los otros se afiliaban y adherian, y que buscaban medrar vendiendo caro su apoyo. Fuese injusticia en el querer, fuese deferencia á una esposa exigente, de todos modos la flaqueza del hombre no disculpa la injusticia del monarca.

Muchas complicaciones evitó la prematura muerte del príncipe Alfonso: pero el cebo de la envidia se habia dado ya á probar á los demas hermanos, y que-

jábase don Jaime de que se hubiera adjudicado mayor porcion de herencia á don Pedro, y no podia sufrir don Pedro que se hubiera reservado una parte de los dominios aragoneses á don Jaime. Nuevas fragilidades del rey conquistador fueron causa de nuevos disturbios en el reino. Los hijos habidos en Teresa Gil de Vidaure, esposa de legitimidad problemática, produjeron graves reclamaciones de parte de las córtes aragonesas; y las escandalosas disidencias entre el infante don Pedro y su hermano bastardo Fernan Sanchez, hijo de la Antillon, que terminaron con un fratricidio, pusieron al reino en combustion, y en peligro la misma corona. Convengamos en que los reyes no pueden tener pasiones privadas sin que redunden en detrimento de la sociedad y de la cosa pública. Anticipamos esta observacion, que nos ha de servir para juzgar, con mas severidad aun que á don Jaime de Aragon, á algunos soberanos de Castilla. Al fin la postrera particion de los reinos fué por fortuna la menos desastrosa posible, puesto que aunque desmembradas las Baleares, el Rosellon y Montpellier, se concentraban al menos en una mano los reinos peninsulares, Aragon, Valencia y Cataluña.

Cuando la inmoralidad cunde y se propaga en un pueblo, cuando los crímenes se multiplican, cuando los robos, los insultos, las muertes, el desenfreno de las costumbres públicas, la osadía y la impunidad de los malvados y malhechores llegan á tal punto que la

sociedad misma tiene que proveer á su propia seguridad y conservacion, buscando en la necesidad el remedio, dictándose leyes y erigiéndose á sí misma en tribunal de salvacion, triste y melancólica idea dá tan extremo recurso de la eficacia de las leyes y de la política del que gobierna y rige aquel pueblo. Bien desacertada tuvo que ser la de don Jaime cuando dió lugar á que se formara en Aragon aquella *Hermanidad* de Ainsa, especie de junta de salvacion pública, con sus ordenanzas, su tribunal, sus sobreyunteros, sus capitanes y compañías de guerra para la persecucion y pronto castigo de los malhechores, á que se debió el poder limpiar la tierra de la gente aviesa que la infestaba. Esta institucion popular que en circunstancias análogas habia de imitar pronto Castilla, verémosla, tiempos andando, próhijada por los más esclarecidos soberanos que España ha tenido.

Don Jaime, como todos los reyes de Aragon, tuvo que estar en continua lucha política con la altiva nobleza aragonesa: y este conquistador invencible, este aventador de los moros, á quienes ahuyentaba, como él decía, con la cola de su caballo; este monarca poderoso, á quien los príncipes cristianos escogian por árbitro de sus diferencias; este padre de reyes, que vió dos de sus hijas sentadas en los tronos de Francia y de Castilla, casadas con los hijos de dos santos, San Fernando y San Luis, y á cuyo hijo primogénito esperaba la corona de Sicilia; este soberano, á quien

el papa rogaba asistiese al concilio ecuménico más numeroso de la cristiandad, y á quien salia á recibir en procesion solemne con los cardenales de la Iglesia; este príncipe, cuyo nombre era conocido en el globo, y que recibia embajadas y presentes de griegos y de armenios, del emperador de Oriente, del khan de Tartaria, del sultan de Babilonia, de las estremidades de la tierra, pudo vencer, pero no alcanzó á domar; una clase de sus vasallos, los ricos-hombres de la tierra. ¿Seria que faltará á don Jaime la energia que supo desplegar San Fernando para sujetar la nobleza castellana? ¿Seria que participara de la debilidad de Alfonso X de Castilla?

No; no era que San Fernando aventajara en energia á don Jaime, ni que en la nobleza castellana hubiese menos indocilidad y menos espíritu de independencia que en la de Aragon. Estaba la causa en la constitucion misma aragonesa, estaba en sus fueros, estaba en las condiciones mismas de aquella sociedad, estaba en su primitiva organizacion esencialmente aristocrática, hecha espresamente para dar ensanche y latitud al poder de la oligarquía, para menguar y restringir el de la autoridad real. Naturalmente altivo y fiero el genio aragonés, solo necesitaba de los privilegios de su constitucion foral para ser indomable. Aquel pueblo, tan rápido en su material engrandecimiento, á lo cual ayudó esa misma organizacion aristocrática, habia corrido tambien demasiado rápidamente por la

carrera de la libertad, para la cual necesitan otros pueblos, si por acaso la alcanzan alguna vez, del trascurso de muchos siglos, y á fuerza de querer cimentar sobre sólidas bases la mas amplia libertad, echó al propio tiempo los cimientos de la anarquía. Tal era aquel derecho de los ricos-hombres y barones de desnaturalizarse del reino, de apartarse del servicio del rey siempre que quisiesen para ir á servir á quien mas les agradase, sin mengua de su honor ni menoscabo de la fidelidad, con solo participarle por *cartas de desafiamiento* que se separaban de su obediencia. Hasta aquí llegaba tambien el privilegio foral de los nobles y magnates de Castilla. Pero era menester que añadiera el de Aragon algo que acabara de rebajar y humillar la soberanía: tal era la obligacion que por fuero se imponia al monarca de tomar bajo su real amparo la casa y familia, y de cuidar de la crianza de los hijos de aquellos mismos que le abandonaban, que se iban á sus castillos para guerrear contra él, ó se salian del reino para servir á otro principe. De tal manera estaba arraigado este derecho, que don Jaime tuvo que reconocerle, y no se atrevió á dejar de cumplirle.

Con esto aquellos ricos-hombres *de natura*, tanto mas poderosos y temibles cuanto eran menos numerosos y mas compactos, no obstante la disminucion que por destreza y maña de Pedro II, habian sufrido en su jurisdiccion á trueque de un aumento en mate-

rial riqueza, á pesar del equilibrio y contrapeso que el mismo don Jaime habia buscado á su desmedido poder, con la creacion de los ricos-hombres de *mesnada*, no perdian ocasion de reclamar soberbiamente sus antiguos fueros, de pedir reparacion de agravios y de demandar nuevos privilegios que nunca habian obtenido. Por lo comun en todas las córtes lo primero que los ricos hombres presentaban eran sus quejas de desafueros: inútil era que el rey espusiera la necesidad de que antes le otorgaran un servicio para las atenciones mas urgentes de una guerra; no habia servicios sin prévia satisfaccion de agravios. Estos agravios eran á las veces fundados, muchas de todo punto fuera de razon, como las peticiones que hacian eran tambien justas unas veces, otras ajenas enteramente de justicia y aun de fuero. Otorgaba don Jaime aquellas que eran mas conformes á las leyes del reino ó al derecho y razon natural, tal como la de que no se diesen honores, feudos y caballerías á estrangeros, ni heredamientos y tierras á los hijos bastardos del rey: negaba las que se oponian al fuero mismo ó al uso establecido, tal como la de que no pudiera poner ni nombrar el *Justicia* sin el consejo y anuencia de los ricos-hombres. Llegaron estos á quejarse y tomar por agravio que tuviese el rey en su consejo letrados y le-gistas entendidos á quienes consultar. En los conflictos entre el rey y los ricos-hombres, sometíanse sus diferencias al juicio y sentencia de árbitros nombra-

dos por ambas partes: pero cansado don Jaime de la ineficacia ó de los inconvenientes de los fallos arbitrales, y de la insistencia y pertinacia de los exigentes barones, mas de una vez apeló al argumento mas derecho y eficaz de todos, al de la fuerza y de las armas. Vencialos, es verdad, en las guerras y les tomaba sus fortalezas y castillos, pero no podia hacerlos dóciles y sumisos ni dominar en sus corazones. En la guerra material vencía, pero la lucha política estaba siempre viva y perenne.

En medio de esta perpétua pugna entre el poder real y la aristocracia; al través de esta continua oscilacion entre el trono y la nobleza, entre los derechos de la monarquía y los privilegios de clase, de que salían alternativamente vencedores y vencidos los próceres y los monarcas; y merced á la estraña combinacion de los resortes que entraban en la máquina de la organizacion y constitucion aragonesa, el pueblo marchaba hácia su méjoramiento social, y ganó temprano un grado de libertad desconocida en otros estados en aquellos tiempos, que si acaso excesiva en el principio y un tanto anárquica, también halló su nivel antes que en otra parte alguna. A vueltas de las agitaciones y turbulencias consiguientes á las luchas políticas, traslucíase siempre en el pueblo aragonés cierta gravedad, cierta noble y digna altivez, peculiar de los naturales de aquel suelo, y sello indeleble de su carácter. Su amor instintivo al

principio monárquico, su respeto á la sucesion hereditaria, el haberse cerrado los mismos magnates con sus leyes el camino del trono, hacia que sus revoluciones no se encaminaran nunca á usurpar el cetro á ningun rey, sino á arrancar de él la mayor suma de libertad posible; así entre los aragoneses no habia regicidas ni tendencias al regicidio. Sus pretensiones serian á veces exageradas, porque no se saciaban de libertad, pero las hacian comunmente en córtés é invocando leyes y fueros, pocas veces con las armas y tumultuariamente. Así la arganizacion política del Estado en pocas partes fué mas agitada que en Aragon, pero en pocas partes costó menos sangre. Su principio era que el rey debia mandar á hombres libres. Así decia con disculpable jactancia en su crónica el monge Fabricio: «Por eso este regimiento de Aragon es el mas real, mas noble, y mejor que todos los otros.... porque ni el rey sin el reino, ni el reino sin el rey pueden propiamente hacer acto de córte ni alterar lo asentado una vez, mas todos juntamente han de concurrir en hacer de nuevo leyes y proveer cerca del bien y regimiento de todos..... Mayor grandeza y magestad representa (el soberano) *en ser rey de reyes que rey de cautivos*; que los que rigen reyes son, quanto mas los que bien rigen como los aragoneses, que actos de córte sin todos acordar nunca le hacen..... y tienen lugar y poder para decir lo que mejor les parece cerca del regimiento del reino: que

« mayor rey no puede haber que rey que reina sobre tantos los reyes y señores quantos son los aragoneses (1). »

Dijimos antes, que Jaime el Conquistador habia participado de la energía y ardor bélico de San Fernando, y de la ilustración y cultura de Alfonso el Sabio. Amante y protector de las letras como éste, afirmase que fué tambien poeta como el autor de las Cántigas (2), si bien no se han conservado sus obras en verso. Cultivador y perfeccionador del lenguaje lemosin, como Alfonso del castellano, España tuvo en suegro y yerno dos reyes historiadores, elegante y amplificador el de Castilla en su *Crónica general de España*, sencillo y vigoroso el de Aragon en sus *Comentarios*, en que á la manera de Julio César escribía con correcta pluma lo que heroicamente obraba (3).

Tales fueron los principales rasgos característicos de don Jaime I de Aragon en el segundo período de su reinado, como guerrero, como monarca, como político, como caballero, como cultivador de las letras y como hombre de pasiones.

(1) Crón. de Arag. edic. de Constanza, 1499, fol. 3 y 17.

(2) Quadrio, Storia d'ogni poesia, tom. II.—Zurita, Anal. lib. X, cap. 42.

(3) La Crónica, Vida ó Comentarios del rey don Jaime se pueden considerar divididos tambien en cuatro partes como la Crónica general de Alfonso el Sabio. La primera comprende desde las revueltas que agitaron el reino en su menor edad hasta las conquistas de Mallorca y Menorca en 1229

y 1233. La segunda refiere los sucesos de la guerra y conquista de Valencia. En la tercera se cuenta la guerra de Murcia hasta 1266. En la cuarta y última se da razon de las embajadas del Khan de Tartaria y del emperador de Constantinopla, y de la malograda expedición de don Jaime á la Tierra Santa, hasta el fin de su reinado. — Probablemente precedió la obra de don Jaime de Aragon á la de don Alfonso de Castilla.

II. Pocos príncipes habrán merecido y á pocos les habrá sido tan justamente aplicado el sobrenombre de *Grande* como al hijo de Jaime de Aragon, Pedro III. El reinado de Pedro el Grande parece mas bien un drama heroico de nueve años que la historia verdadera de un rey y de un pueblo. Semeja el hijo de don Jaime un campeón de romance, y no fué sino un héroe de historia. Tantos y tan dramáticos y maravillosos fueron los sucesos de su corto reinado, que la poesía no pudiera añadirle mas sin traspasar los límites de la verosimilitud. Argumento y asunto para una magnífica epopeya seria ciertamente la misteriosa preparacion de su flota; su expedición nunca bien descifrada ni comprendida á Africa; la ida de los embajadores sicilianos en naves empavesadas de negro á ofrecerle un trono con que ya contaba y que fingia no ambicionar; su viaje á Italia; su proclamación en Palermo; el júbilo de los mesineses al divisar en los mares como un socorro del cielo las velas de la escuadra libertadora de Aragon; los triunfos de las armas y naves catalanas en Mesina, en Nicotera, en Catania, y en Reggio; la expulsión de los franceses; la ida de la reina Constanza á tomar posesión del trono de su padre Manfredó conquistado por su marido; el famoso desafío de Pedro de Aragon con Carlos de Anjon; su viaje á Burdeos en traje de sirviente de un mercader; su paseo á la redonda por el palanque de la liza; su ignorado regreso á España; la excomu-